

CUENTO N° 38

TÍTULO: UNA LARGA CAMINATA

SEUDÓNIMO: DELMAULE

AUTOR: LUIS GUILLERMO GODOY SEVERINO

“Una larga caminata”

DelMaule

Pedro y Lucía se conocieron al ingresar a un instituto politécnico.

Al egreso, él se tituló en el área de la construcción y ella en la de secretariado.

Más tarde, ya incorporados ambos a la vida laboral, se casaron.

Y entonces llegó la hija, el sueño de ambos.

Se iniciaba la familia.

La niña, una bebita que jugando con su muñeca lo esperaba cada tarde al regreso de su trabajo, se convirtió en el centro del hogar.

Y él, de tiempo en tiempo, la sorprendía llevándole un chocolate.

Eran en verdad un trío feliz.

Pero ocurrió un mal día que una zozobra económica se desató sobre la región y, como consecuencia de ello, brotó una cesantía que tuvo rápida expansión.

Sin ingreso permanente, a Pedro se le hizo difícil sostener en su proporción el costo del grupo familiar y una mañana, luego de una larga noche de reflexiones, salió a caminar.

Y anduvo...y anduvo

Y cada paso lo llevó al sur, cada vez más al sur...

Él sabía que allá lejos, entre bosque y montaña, se trabajaba en la apertura de una carretera en lucha abierta contra una hostil naturaleza y una inmensa soledad. Y que se necesitaban hombres fuertes, resistentes al frío y a una lluvia que no daba tregua.

-
- Mire amigo- le dijo el administrador de la obra al entrevistarlo- este es un trabajo duro y hay que tener aguante...pero créame...vale la pena el esfuerzo-
- Se paga buen sueldo y el campamento tiene todas las comodidades necesarias para que nuestra gente trabaje a gusto en la faena...
- Y si cumplen su contrato sin fallar pueden tener la seguridad de que serán llamados para los nuevos proyectos que en esta región planifica nuestra empresa...

Fue así como Pedro se enganchó en una cuadrilla que triturando la roca abría camino y avanzaba metro a metro hasta un punto geográfico donde se proyectaba la construcción de un puerto fluvial.

Allí conoció un invierno que mordía su cuerpo con dientes de hielo.

Y vivió veranos que abrasaban su piel.

No supo cómo fueron pasando los años.

Luego del camino hubo otros oficios...y otras ilusiones.

Y se fue quedando...quedando, atrapado en la magia de un mundo de luces y sombras que nunca imaginó.

Hasta que una noche, a solas con sus pensamientos, lo invadió la nostalgia.

-La niña debe ser ahora toda una mujercita-razonó-

Y en lo profundo de su alma sintió que ya era el tiempo de retorno al hogar.

Entonces, al amanecer, tomó sus escasas pertenencias: un par de libros, las fotos algo borrosas de un paseo familiar, unas cartas de letra casi desvanecida, algo de ropa y puso todo en un par de bolsos.

Y con su pequeño mundo a cuestas, emprendió el viaje de regreso.

Así anduvo y anduvo, siempre sus pasos apuntando hacia el norte.

Llegó al primer pueblo. Y aquella noche durmió bajo un árbol.

Al despertar comió una manzana, bebió agua de una fuente, y siguió caminando.

De trecho en trecho, alguien lo movilizó en su vehículo.

Llegando a la ciudad, subió a un bus que avanzando toda la noche

lo acercó más al norte, hasta el pueblo donde una vez vivió con su familia.

Volvió a su tierra.

Entonces, risueño y presuroso, caminó por calles antiguas en dirección al lugar donde se ubicaba su casa.

Pero al llegar allí nada encontró.

Porque en el espacio donde él había levantado una modesta vivienda solo había malezas y un viento jugueteón que construía pequeños remolinos de viento..

Conmocionado, Pedro soltó sus bolsos y se arrodilló en el suelo.

Y brotó el llanto...

Hilillo dulce al inicio, torrente amargo al final.

Pedro lloró y lloró hasta que la noche lo sorprendió.

Y allí en dura tierra se durmió.

Fue al despertar cuando tuvo una sorpresa, no estaba solo.

Cerca de sus pies un bulto pequeño, blanco como un copo de nieve, llamó su atención.

Era un cachorro. Al parecer, un perrito sin dueño...o quizá abandonado por éste.

Sintió algo de lástima por el animalito. Pero él no estaba en condiciones de hacerse cargo de su cuidado. Y se dijo que no faltaría el ser piadoso que lo recogiera.

Así tranquilizada su conciencia, armó su equipaje de bolsas y se alejó del lugar, sin mirar al cachorrito.

Pero había caminado apenas media cuadra cuando algo lo hizo detenerse.

Había sentido tras él un leve ruido.

Y al volverse se dio cuenta que el cachorro lo seguía.

Y que alegre movía su colita y lo miraba a los ojos como queriendo jugar con él

Entonces se resignó.

-Será cosa de Dios- se dijo

Y tomando en brazos al pequeño compañero de ruta, compartió con él un pedazo de pan y reemprendió lo que imaginó sería una larga, muy larga caminata...

